

# JUEGO DE REINAS

PABLO NÚÑEZ

# JUEGO DE REINAS



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Manuel Calderón

Primera edición: mayo de 2017

© Pablo Nuñez, 2017  
© de la presente edición: Edhasa, 2017  
Diputació, 262, 2<sup>o</sup>1<sup>a</sup>  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6307-4

Impreso en Liberdúplex

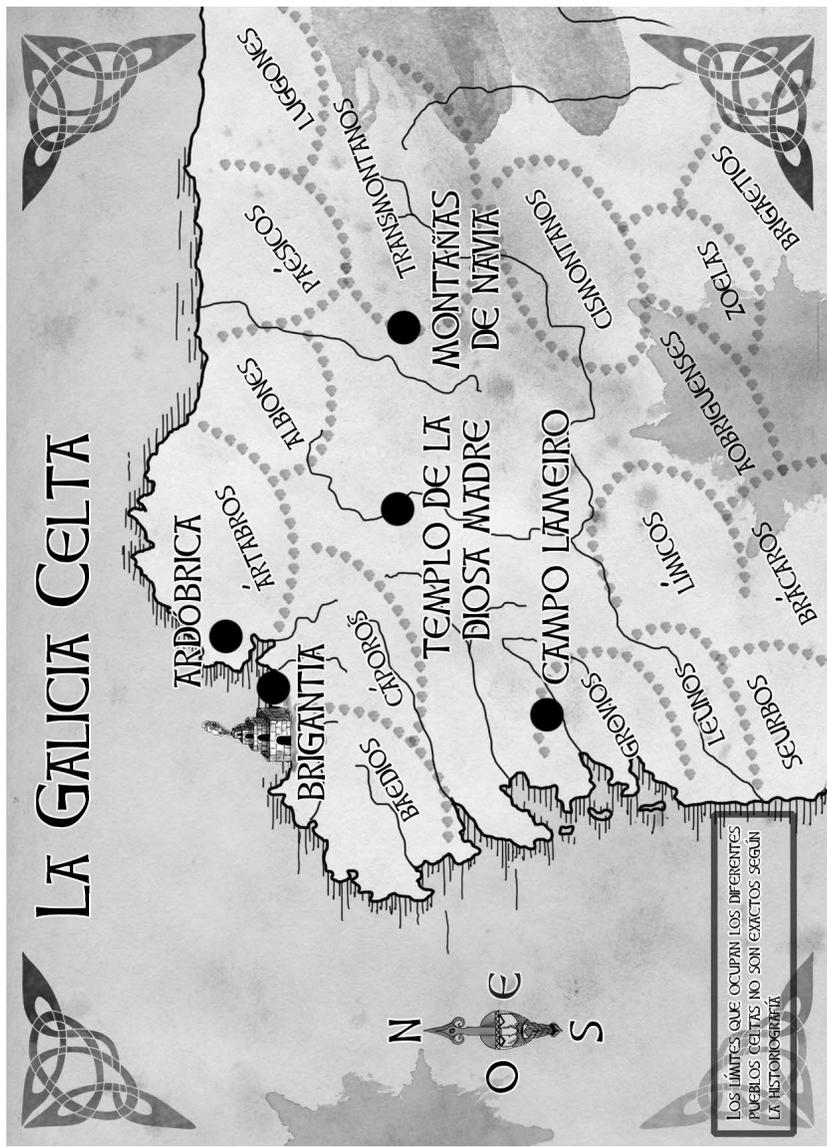
Depósito legal: B 9857-2017

Impreso en España

*A Mari Cruz, Laura y Arturo,  
por atarme las sandalias una vez más,  
por devolverme la sonrisa y por centrarme  
en la diana de vuestro amor.  
Sin vosotros hubiese arrojado las armas al Miño.*



# LA GALICIA CELTA



LOS LÍMITES QUE OCUPAN LOS DIFERENTES PUEBLOS CELTAS NO SON EXACTOS SEGUN LA HISTORIOGRAFIA

## *Año 250 a. C. Cathoir Gall. Stonehenge*

Cuenta la leyenda que el juego entre dos señores poderosos hará ondear los pendones de victoria del más justo y noble de ellos. Cantan los bardos que la contienda por las Tres Islas no fue ni justa ni noble. Decidieron los dioses que aquel salón del trono fuese el final, y tal vez un principio.

Tras muchas estaciones sembradas de guerra; después de muchas batallas surcando los mares del Norte y escalando cada colina conocida, uno de los contendientes cercó a su enemigo en el mismísimo Cathoir Gall. A la sombra de los gigantes de piedra. Y fueron las rocas azules y sus hermanas mayores testigos mudos de lo que allí ocurrió.

## Las costuras de un pasado

La choza central, la más grande de todas, se hallaba sumida en un silencio sólo quebrado por aquel llanto infantil. En un rincón de la cabaña, de planta cuadrangular y cubierta por una techumbre de ramas y paja, se abrazaban dos niñas de corta edad. Las lágrimas arrasaban sus mejillas.

Una antorcha solitaria era incapaz de iluminar toda la pieza, y parecía, tal vez fuese su verdadera intención, que las tinieblas quisiesen tomar al asalto cada esquina del poblado.

—¡Di a esas mocosas que se callen o por los dioses que soy capaz de matarlas como a ella! —Erguido ante un hombre cabizbajo y arrodillado, señaló primero a las niñas y luego hacia un cuerpo tendido. Irvyn, conocido como El Blanco, el vencedor de la guerra entre pueblos hermanos, humillaba a su enemigo pisándole con su pie derecho la espada. La hoja estaba rota en tres partes.

Su dedo acusador hacía temblar la llama de la tea cada vez que cambiaba de dirección. El caudillo vencido, herido en sus carnes y más en su orgullo, lloraba, pero su garganta no era capaz de extraer una palabra. Sus lágrimas se entremezclaron con la sangre que manaba de un profundo corte bajo el párpado izquierdo. No sabría acertar cuántas heridas tenía, cuántos golpes había recibido en la batalla. Sin fuerzas, vacío, los músculos no respondían a las órdenes que enviaba su mente. Sin abandonar su posición ni despegar las rodillas

del suelo de arena se volvió hacia las niñas, sus hijas, que continuaban sollozando fundidas en un abrazo. Cruzó su mirada con las de ellas, y ambas vieron terror y miedo reflejados en los ojos de su progenitor como si se mirasen en un espejo. Él buscó de nuevo el cuerpo de la que tanto había amado, y lo encontró. La vio.

La reina no volvería a respirar. Su cuerpo, mancillado por dos flechas que le atravesaban el pecho, lucía como un trofeo de caza sobre alfombras de pieles blancas, en posición fetal y a sólo cinco pasos de sus pequeñas.

—Al menos tu esposa tuvo valor. Cayó ante mis arqueros sólo después de atravesar a dos hombres con su daga. ¿La ves, viejo loco? —Irvyn agarró del cabello a su rival—. Ella merece mi respeto, tú no.

—¿Sabes en qué lugar nos encontramos? —gritó. Tautinkom, derrotado y destronado, dejó caer la cabeza sobre el pecho, sin alma—. ¿Lo sabes? —repitió, abriendo los brazos en cruz y mirando hacia el techo—. Cathoir Gall es el centro del mundo; ésta es la sala del rey. Y el sillón de hierro forjado, el trono de las Tres Islas y de todas las naciones celtas. ¡Y yo aquí sólo veo a un rey!

\* \* \*

Las niñas se asustaron y se arrimaron aún más a la pared. La mayor, de cabellos rojizos, trataba de calmar a su hermana pequeña bien acariciándole la cara o arreglándole las rubias trenzas.

—No tengas miedo. Wen está aquí contigo —le susurró al oído.

Sus vestidos, de lino tintado en color escarlata, estaban hechos jirones; sus pieles sucias como si las hubiesen restregado con ceniza.

Irvyn caminaba en círculos alrededor de su rival, como una fiera que acecha a su presa, resignada con su destino mortal. Respiraba agitado y sus movimientos eran rápidos y coordinados. Debía tomar una decisión, y tenía que tomarla sin demora. Sabía que en el exterior de la choza se agolpaban cientos de soldados. Muchos de ellos, ebrios de júbilo y victoria, compañeros de sangre de su propio ejército; otros, con el sabor del odio en los labios y la sal del fracaso escociendo en sus heridas abiertas. Ni unos ni otros le importaban. Pero sí le preocupaban los druidas.

–Malditos ancianos... –musitó.

El Consejo de las Tres Islas, una especie de órgano de gobierno de los barbudos, examinaría y juzgaría sus siguientes movimientos. Había ganado la batalla y, por consiguiente, se había ganado el trono en los campos de batalla, de eso nadie albergaría duda alguna. Pero a un nuevo monarca se le suponía un trato justo y consecuente con las tradiciones, y él sólo estaba dispuesto a aplicar un tipo de justicia a Tautinkom.

–Al cuerno con las tradiciones y al cuerno con ellos. ¡Ponte en pie! O, mejor, no lo hagas, así estás bien de altura. ¡Reza a los dioses! –rugió mientras desenvainaba su hoja.

Wen se volvió de espaldas al hombre que amenazaba a su padre con cortarle la cabeza y envolvió a su hermana entre los brazos para que no pudiese ver.

Irvyn separaba las piernas y fijaba sus sandalias con firmeza para asestar un único y definitivo golpe. Un corte limpio enviaría la cabeza de aquel bastardo junto al cadáver de su esposa. Esbozó una sonrisa cruel.

–¡Padre...! –chilló Elvia, intentando zafarse de su hermana.

¡Aquella mocosa! Su mente se nubló y soltó la hoja. Se miró la mano, temblorosa; culpándola por no obedecerle, se

mordió el pulgar con fuerza salvaje hasta que sus dientes arrancaron un trozo de carne en venganza por traicionarlo.

–Maldita sea tu estirpe, Tautinkom –susurró con odio. Lo miró en silencio unos segundos, mientras se atusaba la barba–. Por mis antepasados, que no mereces vivir. Eres una rata que se ha escondido dos veces detrás de las faldas de sus mujeres. ¡Cobarde! Así serás recordado, por tu cobardía, por las agallas de tu mujer y por las de tus hijas, no por las tuyas. Un guerrero sin honor. Un animal sin una pizca de hombría.

Se agachó para mirarlo cara a cara. Tautinkom abrió los ojos justo al recibir la saliva que El Blanco le escupía. Nada hizo, nada dijo, pero ya no apartó la mirada.

–No arrancaré tus entrañas pero sí quiero tu corazón en mis manos. El resto de tus días se convertirán en mi sentencia. Soy el vencedor y te impongo mis condiciones. Te ordeno que no vuelvas a poner un pie en ninguna de mis islas, jamás. Adonde vayas, no es mi problema, ojalá te pudras en la madriguera de una zorra maloliente, pero no pises mi reino de nuevo. Marcha a Bertaèyn, o a las tierras de los galaicos para que te sodomicen los brigantes. Asume tu condena y tu destierro. Sal del salón del trono y busca un barco. Es un regalo. Mi regalo. –Irvyn El Blanco rugió una abominable carcajada–. Mi presente por la prenda de honor que tú me ofreces.

El odio refulgió en la mirada de Tautinkom, pero se mantuvo callado y completamente quieto. «¡Las niñas no, por Taranis!», pensó para sus adentros.

–¡Acercaos, mocosas! –masculló Irvyn con un gesto obsceno–. Y hacedlo rápido, u os juro por el cuerpo de vuestra madre que esta vez le cortaré la cabeza de cuajo a este cobarde.

Las pequeñas, aterrorizadas, se miraron. Wen limpió como pudo la cara de su hermana y la ayudó a alzarse.

–Sé valiente, Elvia –le susurró con cariño.

La pelirroja situó a su hermana al lado derecho de su padre, mientras que ella lo flanqueó por el otro para dejarlo

en medio, como si lo protegieran. Instintivamente, ambas posaron una mano sobre los hombros caídos del autor de sus días. Tautinkom se conmovió.

Entonces volvió a tronar la voz de El Blanco, y las crías cayeron en la cuenta de que no era sólo la droga de la victoria lo que embriagaba a aquel gigante que las hacía temblar de miedo; eran jóvenes e inocentes, pero no lo suficiente como para no saber que el alcohol de la cerveza y el hidromiel inundaba sus venas y azoraba sus mejillas.

—Mi prenda es tu sangre, Tautinkom. La sangre de tu sangre, una prenda de honor. Es mi deseo y te exijo a una de tus hijas como rehén, ¡de por vida!

Se hizo un silencio estremecedor. Ni el guerrero ni sus cachorrillas dijeron una palabra. Mientras él luchaba por contener su ira, ellas derramaban lágrimas en silencio; el orgullo las unía a su progenitor, y junto a él escuchaban su sentencia.

—Y serás tú, hijo de perra. Tú escogerás entre ellas... ¡Elige! ¿Con cuál de las dos te quedas? —Avanzó hacia ellos y extendió la mano para acariciar primero las trencitas doradas de Elvia y luego los cabellos cobrizos de Wen.

Las piernas de la más pequeña, Elvia, temblaban como los saúcos a la merced del viento invernal.

—Padre, no quiero irme..., prefiero morir a dejarte, no quiero separarme de Wen. Si he de morir como mamá, que así sea. —Tautinkom negaba compulsivamente con la cabeza; su lengua había perdido el recuerdo y la voz no asomó por entre las cuerdas vocales.

—Tu esposa las adiestró bien, no mereces ni su respeto. —Irvyn escupió de nuevo, ahora al suelo—. No eres capaz de tomar una decisión, ¿verdad? —Apretó con fuerza los dientes—. ¿Tu primogénita o la última de tu estirpe? ¡Habla, por los dioses!

—Hermana, padre..., escuchadme. Quiero ser yo... —interrumpió Wen.

El guerrero volvió a negar con la cabeza, la voz ahogada entre sollozos, no pudiendo contener las lágrimas desordenadas que rodaban por sus mejillas.

–No cederá, padre. Marchaos. ¡Marchaos! –repitió Wen alzando la voz–. Yo me quedaré, llévate a Elvia. –Tautinkom miró a su hija, repasó sus manitas, sus ojos, cada cabello de su melena pelirroja. Cerró los ojos un segundo y suspiró, para enseguida ponerse en pie. Como si las heridas no existiesen, como si aquello no estuviese sucediendo. Un mal sueño, eso es lo que estaba viviendo. Por su mente pasaron imágenes de su tienda antes del combate, los besos y el cuerpo ardiente de su esposa, sus hijas durmiendo. El cuerno del oficial llamando a la batalla a todos sus clanes.

Antes de que la criatura pudiese resistirse, agarró a Elvia con fuerza bajo el brazo izquierdo. Le tapó la boca con la otra mano, y sintió enseguida que sus dientes y sus lloros le quemaban la piel. Pero no permitió que se girase a mirar a su hermana. Él tampoco volvió la vista hacia Wen. No volvería a verla, como tampoco volvería a pronunciar una palabra hasta que el maldito barco partiese con rumbo a su destierro más cruel. Ni triste, ni dulce. Sus labios quedarían sellados desde que abandonara la que fuera su choza. Cabizbajo y hundido, se abrió paso rápidamente por el sendero embarrado ante el respeto unánime de miles de guerreros.

Plantada ante la puerta, se secó la humedad que le arrababa el rostro y lanzó unos últimos besos de mariposa hacia aquel hombre que se alejaba con la niña de las trenzas doradas. ¡Su hermana, su sangre!

El viento se llevó sus besos.

# I

## Profanación

*KEALKIL. SUROESTE DE ERIN. IRLANDA*

La tormenta perfecta arrasaba las verdes tierras de Erin. Los relámpagos y su luz espectral encendían entre destellos y sombras el bosque sagrado. Un centenar de robles milenarios se convertían en testigos y cómplices. Un guerrero, aterrorizado y solo, se enfrentaba a la crueldad de su destino.

En otro tiempo, en días menos oscuros, hubiese creído que era invencible, que las flechas no podrían alcanzarlo y que una espada no podría verter su sangre. Pero las heridas no mienten y la sangre no suele atender a razones. Se había agazapado tras un tronco aún humeante. La lluvia, que su cuerpo febril soportaba, le calaba los huesos. Temblaba de frío. Y tenía miedo.

Todo había comenzado al amanecer, con los primeros y tímidos claros que asomaban entre las espirales de nubes negras que nada bueno presagiaban. Había salido con la patrulla, dejando Brú na Bóinne bajo un silencio sólo alterado por los pasos de los centinelas. A lomos de los caballos, sus hombres reían y cantaban; unos pasaron la noche en brazos de sus esposas, otros entre las piernas de sus amantes. Con él sumaban siete. Los mismos que le acompañaban cada jornada las últimas dos estaciones, los mismos que ya no respiraban ahora. Intentó silenciar los jadeos, pero el esfuerzo de la ca-

rrera hasta el tronco le pasaba factura. No conseguía reprimir la tos seca. Se sentía confundido. Si al menos tuviese a su lado a sus compañeros de armas, a sus soldados, pero estaban muertos. Todos.

¡Aquel hijo de perra! Poco después de perder de vista la última línea defensiva de la aldea, uno de sus muchachos había levantado el brazo. Se detuvieron. Un hombre sentado en medio del sendero bebía de un pellejo de piel. Parecía no haber visto al grupo. Se levantó con dificultad, tambaleándose, mientras buscaba algo entre sus ropas. Su aspecto era desgreñado y sucio, como un pedigüeño. Sacó un guijarro de pequeño tamaño y se lo mostró a los recién llegados entre tumbo y tumbo. Volvió a beber del pellejo y, sin mediar palabra, les lanzó la piedra. El improvisado proyectil fue a perderse entre el follaje, a más de veinte pasos de ellos.

—Maldito borracho, harías bien en echarte a dormir en algún pajar —dijo el primer jinete avanzando hacia él.

También fue el primero en caer.

Con un rápido movimiento, agarró una espada que ocultaba con su cuerpo, clavada en la tierra. Lo siguiente que vieron fue la cabeza de su compañero rodar lentamente sobre el suelo, como si no quisiese detenerse jamás. El cuerpo desmembrado se desplomó del caballo, que relinchó de pánico. La confusión se convirtió en aliada del desconocido, que hirió rápidamente de muerte a otros dos. Corrió hacia el cuarto, que aún no había reaccionado, y de un enorme salto lo derribó con una patada en la cara. Ya en el suelo fue tarea sencilla rematarlo. Dos contra uno.

—¿Qué quieres, asesino? La bolsa, es eso, ¿verdad? Buscas oro. —Los dos guerreros trataban de rodearlo, cercándolo en un círculo imaginario. Aun así, se movía con soltura y soltaba veloces estocadas que no llegaban a alcanzarlos. Cambiaban el sentido de giro, pero se revolvía bien; lanzaban sus hojas tanteándolo, pero las detenía todas, y con cada defensa devolvía

un par de estocadas muy bien dirigidas. Hasta les había hecho varios cortes leves, a uno en el pecho, al segundo en los brazos y un hombro. Manejaba la espada con una presteza inusual y no tardó en tomar la iniciativa: arremetió contra ellos, provocando que se juntasen para intentar pararlo. Un nuevo paso hacia atrás. Un solo hombre y los tenía totalmente a su merced, los hacía retroceder y cada golpe se volvía más contundente y peligroso. Las heridas se multiplicaban. Saltó de nuevo con fuerza, pero esta vez hizo una rotación completa en el aire, sorprendiéndolos. El filo de su espada, con una precisión inverosímil, seccionó la garganta del primer soldado que encontró e hirió en la cabeza a su compañero. Le había desaparecido la oreja.

—Quedamos tú y yo, Connel. —El aludido no pudo disimular un gesto de desconcierto. Sabía su nombre—. Mal capitán eres si has perdido a tus soldados. —¡Y sabía quién era!—. No necesito matarte. Si me acompañas..., podríamos llegar a un acuerdo.

Connel se hartó de parlamentos y decidió vender cara su piel. ¿Un acuerdo? ¿Con el asesino de sus compañeros? Estaba loco. Atacó sin pensárselo dos veces, con lances acertados. Ahora era el desconocido el que se replegaba, cubriéndose de los golpes con su espada. Algo le hizo tropezar. Una rama caída. Trastabilló, y Connel aprovechó para lanzarse contra él con fuerza. Sabía que el otro era más diestro con la espada e intentó inclinar la balanza con un cuerpo a cuerpo. Le espetó un codazo en la cara. Era su momento.

Aprovechando la momentánea conmoción de su rival, el de Brú na Bóinne echó a correr en busca de un caballo. Montó sobre el primero que apareció en su camino y le clavó los pies. El animal respondió y se lanzó a cabalgar. A punto estuvo su asaltante de echar mano a las riendas, pero Connel, que iba vigilando sus movimientos, consiguió propinarle una patada a tiempo.

—¡Vamos! Llévame lejos... —jaleó.

Se imaginaba que aquel hombre no tardaría en montar otro de los caballos. Si no podía desaparecer como un espectro, al menos sí intentaría sacarle ventaja. No buscó el camino de vuelta a la aldea; quedaría expuesto en campo abierto y desconocía qué armas llevaba. Ante un arco era hombre muerto. Optó por el bosque sagrado, implorando a los dioses que la frondosidad lo ocultase. Conocía cada senda de la arboleda desde niño, y guió al caballo como si montase sobre el mismísimo señor del inframundo. Tras saltar sobre una cerca de piedra caliza, aprovechó un quiebro del animal para echar la vista atrás. ¿Cómo era posible? ¡No podía estar tan cerca! O era un maldito rastreador, o su caballo era capaz de atravesar los troncos de los árboles. «¡Corre, muchacho!» Decidió entonces esquivar los tallos más frondosos, y trató de desandar sus pasos de vez en cuando para desorientarlo. Ya no sentía el acoso tan cerca, había tomado aire y su caballo, un joven ejemplar, mantenía el ritmo como si acabase de iniciar el galope. Recuperó la esperanza. Ni siquiera se acordaba de su oreja mutilada, y eso que sentía un tremendo dolor. El sonido de cascos que antes se aproximaba ahora se diluía. «¡Sigue, sigue!». Echó otro vistazo. Estaba más lejos, sí, había incrementado el trecho que les separaba. «¡Nooo... No puede ser!». Un segundo jinete cabalgaba muy cerca, casi en paralelo a pesar de la espesura, más intensa en aquella zona de matorrales bajos. No perdió el tiempo en pensar de dónde habría salido. Si lo perdía de vista, moriría. ¡Flechas! Un par silbaron muy cerca. El jinete fantasma sí tenía un arco. Más saetas. La siguiente se ensartó en un castaño que había dejado a un lado a escasos tres pasos. El impacto fue brutal y el astil se hizo pedazos al estrellarse contra el tronco.

—¡Maldición!

No tuvo tanta suerte con la siguiente. Aunque ciertamente la dificultad de que acertasen aumentaba cabalgando,

también era verdad que el caballo era un blanco más grande y accesible. El animal recibió el flechazo en la pata derecha, justo por encima del corvejón. Perdió el equilibrio y se desplomó, y Connel se vio arrastrado en la caída. Un nuevo proyectil alcanzó su objetivo: el flanco al descubierto del pobre animal, ya postrado en el suelo. Resoplaba por los ollares; la herida era mortal. El jinete había conseguido zafarse en la caída del enorme peso del animal, que lo hubiese aplastado, y se había lanzado ya a la carrera por el bosque. Caían las primeras gotas y un resplandor cercano atravesó el cielo, anticipando la devastadora caída de un próximo rayo. La tormenta arreció a traición después de amenazar toda la jornada. Connel saltó sobre el árbol recién talado por capricho de la madre naturaleza, y se agachó intentando esconderse. Fue entonces cuando la vio.

Una mujer de largos cabellos cobrizos acompañaba al asesino de sus guerreros. Jamás la había visto. No sabía quiénes eran, pero sí lo que era capaz de hacer aquel hijo de perra, ¡vaya que lo sabía! La miró a ella. Iba armada. Se fijó en su forma de caminar, en su belleza, en la melena que ya recogía el agua de lluvia, dejando un gracioso mechón sobre su rostro. Por un instante, observándola, se sintió seguro. Pero había acudido a refugiarse en el único lugar en el que los dioses no le ofrecerían refugio. En el corazón de su bosque sagrado. ¿Y aquel hombre? Se hizo la pregunta demasiado tarde.

### *EL CÍRCULO DE PIEDRAS. KEALKIL. ERIN*

Un guerrero se acercó al círculo dibujado por las seis piedras de la edad antigua. La noche había ganado terreno a las luces diurnas, y el hombre se valía de una antorcha para ver por dónde pisaba y no enredarse entre las zarzas. La hierba y los matorrales casi cubrían las piedras más bajas, pero el guerre-

ro podía alcanzar cualquiera de ellas con dos zancadas y media. A pocos pasos del círculo se erguían otras dos rocas de mayor tamaño, quizá más antiguas que sus seis hermanas. A la más alta se la conocía como El Centinela.

Una mujer esperaba impaciente, oculta entre las sombras, detrás de una pequeña colina. La piel de su rostro brillaba bajo el resplandor de la hoguera que se hallaba a sus pies, y el reflejo anaranjado del fuego remarcaba la huella del odio en su mirada. Cuando vio que su compañero se aproximaba, empuñó aún con más fuerza la espada.

—¿Y bien?

—Despejado, ni rastro del druida, tampoco de las sacerdotisas. Lástima, no me importaría pasar mi hoja por la garganta de esas zorras.

—Llegará tu momento, Meriasek. Ahora tengo asuntos más importantes que atender, y a este desgraciado le espera la muerte... —La mujer se giró hacia los caballos. Sobre un precioso ejemplar de capa castaña el supuesto jinete intentaba zafarse de las ataduras que lo maniataban por la espalda—. Ayúdame con él.

Meriasek agarró por las vestiduras al prisionero y, tras tirarlo al suelo, lo arrastró, zarandeándolo, hacia el círculo pétreo que instantes antes él mismo había visitado. La mujer era ahora la portadora de la antorcha.

\* \* \*

—¡Dejadme libre o lo pagaréis! ¡Por los dioses que no viviréis para contarlos! —gritaba Connel, desesperado.

Esconderse tras el tronco había sido un error; un error de chiquillo que pagaría caro. Con su vida.

—No quiero escuchar otra vez sus bravatas, no se calla ni a golpes. Me causa dolor de cabeza. —Ella misma tiró del saco de lino que le cubría la cabeza. Sangraba como un carnero

sacrificado; su compañero le había asestado un buen golpe. Había perdido el conocimiento inmediatamente y no recordaba gran cosa. Frases sueltas, el relinchar nervioso de los animales. Pero sí reconoció el lugar.

–¡Malditos cabreros! Apártate, desgraciado... –Su captor rasgó con una daga un jirón del ropaje y se lo introdujo en la boca. Sus balbuceos incomprensibles y la impotencia le hicieron estallar en lágrimas.

–Así está mejor. –Aquella joven no debía llegar a la veintena de inviernos, pero sin duda era quien estaba al mando. Miró fijamente hacia el cielo sembrado de estrellas y totalmente despejado sin la presencia de nubes curiosas–. Ahí os envío a uno de los vuestros, mis queridos dioses. Me imagino que sabréis recompensar a tan valiente soldado. –Y los dioses, mudos pero siempre presentes, se convertían así en testigos de un crimen atroz que profanaba su sagrada tierra.

–¿Dónde lo quieres?

–En el centro, justo ahí –señaló un lugar–. Sácale la ropa. –Su camarada Meriasek obedeció, y en pocos segundos las prendas de Connel descansaban a los pies de una de las rocas. Éste, arrodillado, ofrecía el torso desnudo a merced de sus verdugos.

–Yo me encargo.

–Tú mandas, Wen.

## II

### Mensajes

#### *TIERRA DE LOS CÁPOROS*

La amazona dejaba que su montura llevase un trote pausado. No tenía prisa. Se había despertado con las primeras luces del amanecer y le sobraba tiempo para reconocer el terreno. Lucía los ropajes de un hombre, polainas de piel de cabra y botas del mismo curtido atadas con cintas de cuero. Camisa y chaleco de lana, y un cinturón estrecho del que colgaban una espada y un puñal, todo el conjunto teñido en negro. Se cubría con una capa amplia, también oscura como las sombras, y rematada con una capucha, que sólo dejaba entrever su rostro bajo la escasa luz de un sol que aún no reinaba con intensidad. Sujetaba la capa sobre el hombro derecho con una fíbula dorada. El carcaj de flechas ajustado a la espalda y la caetra, un escudo circular de madera forrada con piel y cuero, bien amarrada a los correajes junto a su preciado arco.

Era la primera vez que visitaba la comarca, por lo que le pareció buena idea tomar ciertas precauciones. Tenía una cita importante y se imaginaba que el hombre en cuestión llegaría acompañado por sus secuaces. Tras dejar atrás un vasto robledal, no sabría calcular la distancia recorrida desde que se adentró en él, se encontró con una pradera sorprendentemente llana. No había pendientes ni colinas, ni cauces de agua, tampoco árboles o matorrales. Sólo una llanura her-

mosa y teñida de un verde intenso, salpicada de flores blancas y campanillas violetas. La hierba parecía haber sido cortada con tal destreza, que su visión asemejaba una altura idéntica en cada brote y en cada tallo de flor, lo que embellecía el conjunto. Adentrarse en la pradera casi se convertía en un sacrilegio, por lo que la amazona tiró de las riendas de su montura para continuar a pie. Desmontó y, tras acariciarle las crines, dejó libre al caballo. Éste avanzó unos pasos, ávido de tan apetecible manjar. La mujer comenzó a caminar, dejando deslizar la capucha sobre los hombros, para dar libertad a sus cabellos dorados. Una suave brisa los acariciaba.

Tras un largo paseo, sintió un escalofrío de emoción en la nuca. ¡Allí estaba! El templo de la Diosa Madre, el corazón de las tierras galaicas emergía como un espejismo ocupando el centro de la planicie. Aunque fuese su primer viaje al hogar de Matrona, por supuesto había escuchado innumerables relatos y leyendas. Cualquier descripción anterior desapareció de su mente ante la imagen real que examinaba con atención. Se trataba de un edificio de dos plantas, algo muy poco común para una construcción celta. Más extraño todavía por su carácter sagrado. Sabía que antaño sólo existía la planta inferior, que se había excavado bajo el nivel de la superficie hasta conseguir un espacio cuadrangular casi perfecto. Así, este recinto más bajo contenía la tierra con dobles paredes en tres de sus lados, de unos cuarenta pies de longitud cada uno. Al cuarto, la entrada, se accedía por una rampa de bajada para vencer el desnivel. Los muros sostenían el peso de la bóveda, al tiempo que el piso de la planta alta, por lo que la inferior se convertía en una cripta decorada con pinturas de aves a las que se atribuían poderes mágicos. En el centro de la cripta, un estanque labrado en piedra rocosa, que recibía directamente la sangre derramada por los animales sacrificados en el piso alto. Una escalera comunicaba ambas estancias, y la mujer era consciente de que allí no sólo se sacrificaba a bueyes y carneros. Pero

aquella jornada auguraba un sacrificio bien diferente. Esperaba no equivocarse.

Llevaba un rato observando el exterior del templo, y a pesar de estar tentada en un par de ocasiones, decidió no entrar. Lo haría más tarde. Los hombres que esperaba estarían a punto de llegar, el ruido cercano de los caballos al galope se lo confirmó. Inició el camino de regreso por la campiña, pero con más ligereza.

Nada más alcanzar su caballo, cinco jinetes aparecieron bajo los últimos robles del bosque. Un caudillo, sus ropas lo delataban, y cuatro guardaespaldas. Manteniendo la calma, se quitó el carcaj y el cinturón de las armas y los amarró a la montura. Se volvió para encontrarse con uno de los esbirros del gran señor cara a cara.

–He de registrarte.

–Voy desarmada, pero tú verás –dijo la muchacha, abriendo los brazos en cruz.

–Más te vale –respondió el hombre, desafiante. No tuvo reparo en manosearla en busca de una posible daga que bien sabía que no iba a encontrar. Pero ya que era su obligación, ¿por qué no recrearse? Sus dedos mugrientos apretaron pechos y nalgas, pero ni escuchó una sola queja, ni logró que los ojos ambarinos de la mujer se cruzasen con los suyos.

–Estás limpia, al menos de armas...

Eso se creía él, pensaba la mujer. «Seguro que esto va a ser divertido.» Sonrió.

### *CÍRCULO DE PIEDRAS DE KEALKIL. ERIN*

La joven arrebató la daga al prisionero. Para sorpresa de Connel, que se había olvidado completamente, todavía colgaba de su cinturón. De poco le hubiese servido. Ella se la mostró a escasa distancia de sus aterrados ojos. Los balbuceos se con-

virtieron entonces en una súplica inútil, y pronto lo harían en un alarido constante e inhumano, un alarido animal.

–Lo siento, pero has de ser mi mensajero. –Wen comenzó a asestar puñaladas salvajes sobre el cuerpo del hombre, quien, envuelto en un dolor horrible, se retorció y caía sobre la hierba constantemente. Ella, salpicada de sangre, lo agarraba por el cabello y volvía a postrarlo de rodillas. Cuando se cansó, le practicó dos cortes a ambos lados de la garganta con la habilidad de un hechicero. La sangre brotó entonces con más fuerza aún. Se apartó, limpiándose la cara con la manga del vestido. El hombre se convulsionaba en el interior del círculo. Cuando lanzó un último estertor, su cadáver se hallaba totalmente empapado.

–Así muere un perro de Brú na Bóinne, pero aún no he acabado contigo.

–Espera, Wen. Lo ataré en la roca de la derecha, en El Centinela. –Mientras Meriasek colgaba por los brazos el cuerpo, tensando los nudos en torno a la piedra, la muchacha descansaba agachada, justo bajo la sombra del vigía milenario—. Todo tuyo.

\* \* \*

Wen alzó la cabeza del trofeo recién cobrado y, tras observar un instante aquellos ojos todavía abiertos y fuera de sus órbitas, la dejó caer de nuevo sobre el pecho ensangrentado. Volvió a asir con fuerza la daga para tatuarle en la piel el símbolo de la muerte, su mensaje. Una vez hecho, clavó la hoja hasta el fondo en el corazón de la víctima. A continuación, le atravesó las entrañas de derecha a izquierda, esparciendo sus intestinos por el suelo. Sobre ellos arrojó su arma y, alejándose un par de pasos, contempló la escena.

Meriasek la miraba, pero no sorprendido. Al contrario, el galo sonreía.

–Prepara los caballos, quiero dejarles una sorpresa más.  
–¿Qué estará haciendo? Mejor no preguntar.

Al poco, Wen le siguió, dedicando una última mirada de desprecio a la víctima.

–Tus dioses no se lo esperaban, ¿verdad? Esta vez no podrán salvarte, ni con su magia negra ni con la ayuda de los malditos druidas. ¡Hasta nunca, soldado!

La carcajada se extendió por el paraje, como si el sonido fuese capaz de estrellarse en las rocas.

\* \* \*

Aún no despuntaba el alba. Kendrah, caudillo de Brú na Bóinne, ordenó a sus soldados que se detuviesen. Continuó con la sola compañía del anciano druida. Con poca luz todavía, no se adivinaba gran cosa en torno a las piedras sagradas. Ambos prendieron las teas que les ofreció uno de los hombres.

Con sumo cuidado, y la mano libre bien agarrada a sus dagas, se encaminaron hacia El Centinela. El rastro les guiaba hacia allí.

–¡Por Taranis! –Los dos sintieron un sudor frío, gélido, que surcó la piel de sus rostros.

–Tienes un problema –musitó el druida.

–Lo sé, Aldahir, lo sé.

Kendrah, trastornado, se giró hacia las colinas en busca de luz. Una luz clara, capaz de domar las nieblas que invadían su mente.

–¡Guerreros, a mí la guardia!

\* \* \*

Aldahir Roble Gris, el gran maestro de los druidas, timonel del Consejo de Sabios de Erin y de las Tres Islas, permanecía

agachado junto al cuerpo degollado. Su mirada analizaba la escena con rapidez.

Un par de guerreros habían cortado las cuerdas y descolgado a la víctima de la columna pétrea. El charco de sangre era tan grande que difícilmente habían encontrado un lugar cercano seco para postrarlo. Kendrah apretaba los dientes. Se acercó al cadáver y le volteó la cabeza para verle el rostro amparado por la luz de las teas. No le hacía falta reconocerlo, se lo imaginaba. Connel, su mano derecha y amigo de infancia. Al verlo, un murmullo conmovedor se extendió entre los que los rodeaban.

\* \* \*

Aldahir se puso en pie para acercarse a Kendrah, al que todos conocían al norte de la Isla Esmeralda como El Invicto. Ambos, que ultimaban en Brú na Bóinne los preparativos para la fiesta de la estación oscura, habían acudido al lugar alertados por un bardo. Éste se disponía a comenzar sus ensayos diarios, justo cuando dos jinetes se alejaban al galope. La noche anterior el lugarteniente de Kendrah, Connel, había desaparecido en las inmediaciones del Círculo Sagrado. Allí solía orar a los dioses, a los que profesaba una gran devoción. Las patrullas habían encontrado a todos los miembros de su escolta muertos, uno de ellos decapitado. Los caballos permanecían junto a sus jinetes; todos menos uno.

–Me equivoqué, Kendrah.

–¿Qué quieres decir? –respondió el guerrero.

–Que no sólo tú tienes problemas. El asesino pertenece a mi pueblo, no me cabe la menor duda. –Aldahir, aunque hibernés de adopción, era nativo de Alba, en las tierras altas, de donde había partido a edad muy temprana para cumplir con su cita con el destino. Se unió a los druidas de la isla de Ynys Môn para convertirse en uno de ellos, en el más grande

de entre todos ellos. Era un chiquillo cuando dejaba tras sus pasos su hogar familiar y su aldea, aquélla cuyo nombre quería olvidar y jamás pronunciaba. La choza junto al lago de la niebla eterna; las lágrimas de su madre postrada de rodillas; las súplicas de sus cuatro hermanas, amarradas cual maromas marineras al vestido de la anciana que les había dado la vida. Pero seguía reconociendo las costumbres salvajes de su niñez. Connel había muerto a manos de un norteño de Alba.

Si Kendrah ya estaba desencajado, las advertencias de Roble Gris tornaron la piel de su rostro todavía más pálida. No era capaz de articular algo coherente, Aldahir se dio cuenta y lo agarró por el antebrazo.

–Acércate. Las pruebas están ante nosotros, olvídate de la sangre y de las heridas crueles. No te interesan y te distraerán. La daga, ¿es de tu amigo?

Kendrah asintió.

–Ensartada en el corazón. Ese mensaje es para ti, han ido a por tu hermano y confidente. Eres el primer guerrero de Brú na Bóinne, uno de los consejeros del rey. Este otro es para mí, la herida marcada con curvas como las de una serpiente. Y una segunda arma clavada en las tripas indica que el asesino acusa de traición a otro celta. Así murieron muchos hombres al norte de Cymru. Y así murió mi propio padre, el autor de mis días, el sueño frío de cada una de mis noches. Has de avisar al rey.